

Maestra vida. Relatos de la parcería en la ciudad popular

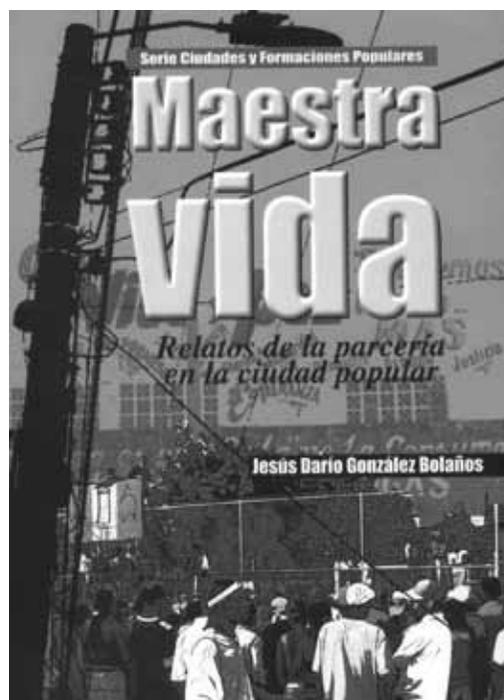
Fundación ciudad abierta. Cali.

Autor: Jesús Darío González Bolaños.

Año: 2011

Número de páginas: 176

Por: Helwar H. Figueroa Salamanca



Maestría vida se puede leer de varias formas. La que más goce fue encontrar al autor recorriendo la ciudad en diferentes edades de su vida. En su niñez, lo vi montado en una volqueta, sorprendido con la frontera de la ciudad, con la belleza y exuberancia de una naturaleza agreste, entre el verde de las selvas tropicales y el color de la tierra del valle andino, con ríos oscuros y aguas blancas. Con gente mestiza que comenzaba a poblar esos territorios, cargados de enseres, pedazos de paredes e ilusiones que después colonizadas. Recuerdos de una época en que Cali era una pequeña y dinámica ciudad que albergaba a pequeños comerciantes con negocios familiares y dueños de algunas parcelas ubicadas en los pueblos o caseríos del Valle; con jóvenes “a lo bien”, enamorados de los mismos mitos que Andrés Caicedo había borrado prematuramente; con unas elites conservadoras concentradas en sus barrios tradicionales (Centenario) y unas clases medias ubicadas en los barrios de moda (San Fernando, Tequendama y la Flora); y poblada masivamente por los pobres y destechados de siempre, hacinados en el Barrio Obrero y el San Nicolás. Los bellos hombres y mujeres del color de la tierra, por aquellos años, todavía estaban mayoritariamente en los antiguos territorios de las haciendas coloniales, cerca a los cañaduzales

o en sus territorios ancestrales. En la narrativa del autor, la música siempre suena.

En la adolescencia Jesús vuelve, ya no con la mirada de la niñez, sino con otras incertidumbres y preguntas a flor de piel, las de un estudiante alfabetizador. Son los comienzos de los años ochenta, época en que Aguablanca está en plena construcción de sus primeras casas de ladrillo y concreto. Son los años de la minga para construir la casa del vecino, la del compadre, la del paisano o la del extraño. Este momento nuestro autor lo vive y lo describe como la “gesta constructora”. Es la época en que camina todavía por las calles a medio construir, pero con su sensibilidad potenciada musicalmente y echa a fuerza de rumba en El Chuzo de Rafa, en Convergencia, en Calle Luna Calle Sol, en Tin Tin Deo, en la licorera del Club Noel, en la Bodeguita del Medio, en El Sapo Cancionero, en Nuestra Herencia, y en la Taberna Latina. Una sensibilidad estimulada por la cadencia de los ritmos urbanos de su Cali tradicional y juvenil, que entró rápidamente en sintonía con la musicalidad de Aguablanca. Entre tanto, este territorio comienza a poblarse de lo afro, de lo negro, de la belleza de los cuerpos y de los colores. Y la música siempre está a todo timbal.

Ir a alfabetizar en realidad implicaba ser alfabetizado corporalmente por una nueva forma de vivir la música y de comunicar con el baile. Se dejaban el luleo, la rumba guabalosa y los danzares universitarios para vivir una sensación espiritual cercana a una religiosidad musical gobernada por rituales profanos de esos que se producen sólo cuando se está reinventando la ciudad desde el barrio...

En la Aguablanca de entonces se podía presenciar la vitalidad popular en la caseta El Triángulo –ubicada en el caño entre el barrio Marroquín II, diagonal al puente militar, y el barrio Los naranjos– bailadero concurrido por todos los sectores, que no se hizo como negocio sino como punto de encuentro comunitario y que poco a poco se volvió un pulmón rumbero donde grandes y chicos compartían y competían, de forma más o menos agresiva, por la preeminencia de varios géneros del golpe (González, p. 31).

Entre la juventud y la adultez, Jesús descubre un nuevo paisaje, las calles ya estaban pavimentadas los primeros ranchos se vistieron de casas, pintadas con fachadas coloridas y de múltiples materiales. También su mirada ha cambiado, comienza su periplo de estudiante universitario y su oficio de narrador de historias, entre fantásticas y reales. De este periodo comienza hablarnos como un etnógrafo de la ciudad. Nos habla de las fronteras urbanas diluidas entre la fiesta y la violencia: es la *parcería* vital y rumbera que se ¡mata por vivir! Nos habla de esa ciudad caminada, gozada, narrada e imaginada; de las lenguas inventadas. De esa ciudad que a la vez es sonido musical, con ritmos y géneros diversos, con letras irreverentes, sonoras, melancólicas y que logra entreverar en las páginas de un libro llenó de palabras populares y de imágenes juveniles, con caras alegres, tristes, inquietantes e ilegibles, que evidencian esperanza, *pilera*, malicia y desazón. Por último, nos habla de esa ciudad estigmatizada y olvidada. De la ciudad laberíntica, subterránea, oculta, violenta, humana, solidaria y vital.

Entre 1992 y 1999 fue posible una expedición al corazón de la vida parquera. Fueron días y noches, semanas y meses, años de diálogo con personas y colectivos parqueros, con parches, en torno a la construcción de la vida y a las posibilidades de llevar a una buena vida. Nunca faltaron la música, los tambores, el cununo y el guasá; siempre la risa y el peligro, la fiesta y el funeral, la calle y la esquina, entre el arma que defiende y agrede y la ternura de

un saludo y un abrazo sincero y siempre gratuito [...] (González, p. 38).

Su mirada se afina y descubre las “ingenierías imposibles” y mestizas de la ciudad, sus rutas secretas y sus lenguajes ocultos. Descubre la “Gesta urbana plural hecha de memorias y metáforas, convenciones invisibles, amuletos y creencias milenarias, encuentros inesperados y partidas anunciadas que nunca terminan siéndolo por completo” (González p. 15). Esa es la ciudad que Jesús se dispone a caminar en el tiempo y a narrar a través de la historia de sus protagonistas, es su adultez. Nos recuerda que Aguablanca no es la única con esa historia de poblamiento y urbanización popular, de fiestas, violencias y vitalidad. América está llena de ellas: Petare en Caracas; Villa Fiorito en Buenos Aires; las favelas en Rio y Sao Pablo; la Perla en Puerto Rico; y el Bronx de New York.

El oficio del caminante de la ciudad narrada, del cuentero urbano, del “etnógrafo natural”, del que siente y no le da miedo expresar y encontrarse con el otro. Del viajero del tiempo y de los recuerdos. Del peligro de sus calles y de sus alegrías. Con el teatro armado y recreado en los tropos de la ciudad, Jesús pinta con palabras a los jóvenes y desde allí mira su propia juventud, muestra que son diversas las formas de ser joven en el mundo urbano. Hay cosas comunes, los jóvenes son pasajeros, son caminantes de la calles, sobrevivientes, aventureros, solitarios y joviales; son el mono, el zarco, el pitufo, el diablo, el turro, el cacique, el canchero, el parquero... son y serán...

El turro, un parquero:

Su forma de abordarnos siempre estaba señalándonos que nuestra presencia era extraña en el sector. Siempre hacía notar de alguna forma nuestra condición de extranjeros, como queriendo preguntar: ¿ustedes qué hacen aquí? ¿Qué es lo que quieren?

La verdad, las palabras del Mono y sus actitudes un poco mañosas nos parecieron agresivas en la primera época, pero después fuimos entendiendo sus comentarios como una forma de hacerse notar [...]

Y fue un jueves en que caminaba solo y desprevenido por la Coomepal, sector del barrio Manuela Beltrán, casi despidiéndome de él y sus gentes, cuando llegando a la cancha me topé con Jhon Fabián. Me saludó, reposado: “¡Cómo fue, parquero!” [...]

—¿Y usted qué, socio, qué hace? ¿Cómo va? —lo saludé.

–No; nada mijo. Aquí tirando solitario.

–Ah, pero bien. Eso a veces es bueno.

–Mmm, ¿sabe? Lo que pasa es que estoy turro (González, p. 74).

La mayoría de los relatos han sido construidos con la voz de sus protagonistas. Relatos de vida, dolor, tristeza y fuerza. Hay preguntas sobre el mañana y hay inquietudes sobre las condiciones de posibilidad para ese mañana en territorios cambiantes, de desequilibrios, de contradicciones sobre los ideales de democracia y de sociedad.

La madre que sufre por sus hijos también está presente como testigo impotente ante el futuro incierto de sus hijos. Después de la lucha por la construcción de la barriada y de la lucha por la sobrevivencia, el cuidado de los hijos las coge cansadas. Los padres constructores ven morir a sus hijos ante la indolencia de la sociedad establecida y la incapacidad de un Estado ausente.

Así como le dijo [...] Cuando se murió mi muchacho, que en paz descanse, fue que la banda se comenzó a formar en serio. La gente andaba por esos días escandalizada porque había problemas por todo lado y todos los días. La banda se volvió un dilema pa' todo el mundo. Hasta pa' mi, porque yo hablaba mucho con todos ellos, con hombres y mujeres, porque había muchachas que también estaban untadas; entonces yo me volví la alcahueta de la banda pa' todo el vecindario. Pero no. Yo hablaba con ellos, les escuchaba sus historias y les daba consejos sin juzgarlos; yo les daba ánimo pa' que mejor buscaran trabajo y pa' que se enamoraran seriamente, como hizo mi Ramirito, que aunque no dio con una buena mujer, pues él se organizó y caso no se metía en problemas. Pero los berracos eran como sordos, campeones pa' meterse con todo el mundo. Y vino esa época que usted conoce y toda la ciudad los conoció. Fue el tiempo en que la cosa se puso invivible y ya no sabíamos qué hacer con ellos (González, p. 92).

El libro en sí mismo es un mapa, es una cartografía de contextos, sujetos, relaciones, de épocas, es un libro lleno de voces, de aquellas que son posibles en quién se aventura a ser un cartógrafo de la ciudad. Caminar en la noche y en las calles, que se muestran inciertas y peligrosas, también es una aventura para el rumbero y para el narrador de la ciudad (González, p. 136).

Serían las once de la noche sobre la Avenida Sexta, que a esas alturas ya ha sido colonizada por la soledad y la penumbra. Esa noche salía de donde Mario, el dueño y animador de la fuente El matador [...]

Pero este viernes que relato el azar me sacó de la ruta festiva y me enfrentó a la dureza del olvido y a los castillos del miedo que gobiernan la vida de las ciudades contemporáneas. Esa noche se acabaron los chistes [...]

Camine un tanto inseguro por un par de cuadras y levantaba la mano a cuanto taxi apareciera. Como entre la bruma nocturna fue apareciendo lentamente un amarillo de modelo viejo; levante la mano y él lentamente fue frenando, mientras se acercaba correspondiendo a mi señal [...]

–Breve, miso que yo lo llevo seguro

El vehículo se movía como si fuera por una carretera destapada [...] La música iba duro; sonaba un montuno arrebatado que el conductor llevaba a golpe de timón y acelerador [...]

–Miso le gusta la melodía, ¿no?

–¡Ay, parce! Yo lo conozco a usted [...]

Realmente estaba ante un gesto sospechoso. En mi paranoia por segundos se me vinieron a la cabeza el paseo millonario, el flete, la escopolamina. Y [...] el personaje acaba de hablar e intentaba prender un cigarrillo.

–Ve, pero no fumés (sic) encima que tengo prohibido esa vaina.

–Dije.

Las parcerías que describe Jesús sólo se pueden vivir, gozar y sufrir, leyéndolas. Es un valioso texto configurado por sumatorias de relatos que deja al terminarlo una sensación de parcería con el autor, la parcería para una mirada compartida sobre las ciudades que se tejen y se redescubren al contar. Esta rápida lectura es sólo una invitación a leer un buen libro sobre nuestras ciudades ocultas. Negadas y dominadas impunemente por unas elites corruptas y clientelistas que han hecho muy poco por incluir a los sectores populares y ha dejado a sus jóvenes a la deriva. A pesar de lo cual los habitantes de Aguablanca han logrado construir una ciudad dentro de la ciudad, que se sale de cualquier plano y crea inéditas formas de resiliencia, de gestión, de economías informales y de la misma urbanística. Después de su recorrido queda la pregunta: cambia la mirada del etnógrafo a través de los años o efectivamente los problemas son otros.